

The fourth reason: the damage is practically sure and if you have little interest in 'who the victims might be', it is a tremendously useful tool.

The fifth argument is the outstanding 'anonymity' of the car bomb. With the weapon completely destroyed, it is highly improbable to find evidence against anyone.

The sixth reason is that a car bomb gives enormous sociopolitical importance to marginal groups who generally don't have to represent a broad sector of society.

The destructive power of car bombs reaches another sphere too. It is a brilliant tool to destroy the legitimacy of resistance movements, as Davis himself shows: 'they are equally effective at destroying the moral credibility of a cause and alienating its mass base of support, as both the IRA in Northern Ireland and ETA in Spain have independently discovered'.

Having explained the reasons, Davis moves on to depict the methods. During 22 chapters, we can witness the gradual darkening in the tone of his discourse as he advances chronologically. From the first detonations by the Zionist Stern Gang in occupied Palestine, to the masterly use of dynamite on the part of Viet Cong. From the Palestinian resistance, to the 'economic warfare' of the IRA. From the racist attack of the white supremacists in Johannesburg to the culmination: the twin towers and the war in Iraq.

The fact that creates real terror in Davis' work is the anonymity. How can you stop an attack carried out with a weapon which is impossible to be recognised as such? Baghdad is a perfect example of the uselessness of 'conventional' fight when the car bomb comes into play. In a city with over 6000 checkpoints and over 50 000 policemen to protect them, cars continue to explode every day.

What Buda's Wagon shows us, is that incessant impact of car bombs which is changing our lifestyle, our cities, and to a great extent, our societies. The fear of a nuclear conflict or 'bioterrorism' has no justification when our life can be threatened anywhere, without us even noticing the danger. Davis once again looks at the details which change the world and shows us how 'the weak got its claws'. This book is required reading for everyone interested in discovering how the necessity becomes the main force in development, how the terror is able to force evolution (or involution) of a

society and how, in confrontation with the latest generation tanks, 'intelligent' missiles and unmanned planes, the weak still have something to say. As Daniel Bensaid said once: 'Four centuries after Galileo, a science of disorder has asserted itself alongside a science of order'. The future is one of the car bomb, poor man's air force.

Del Arco Blanco, Miguel Ángel, *Hambre de siglos*. Ed. Comares, Granada, 2007, 513 pp.

Por Pedro Feria Vázquez
(Universidad de Huelva)

La imagen atávica del hambre en Andalucía, la estampa del jornalero que Blas Infante tenía "clavada en la conciencia" y otros mitos del campo andaluz volvieron a aparecer con fuerza tras la guerra civil. A esa hambre estructural y "milenaria" se unió en esos años una carestía coyuntural provocada por los efectos de la contienda y los rigores de la autarquía, el rígido sistema económico impuesto por el franquismo. Un modelo que trajo consigo nuevos modos y relaciones de producción y estructuras sociales cuyas consecuencias se arrastran incluso hasta nuestros días.

De sobra conocida es la gran cantidad de bibliografía destinada a la guerra civil, que de año a año no deja de aumentar con nuevos títulos. No tan numerosa es la ocupada en el estudio de la "dura posguerra", el período que va desde el fin del conflicto hasta principios de los años cincuenta, cuando el régimen dio por concluido el racionamiento. De esta bibliografía, mucho menor es la que se ha acercado al tema desde un punto de vista científico, alejado de la memoria sentimental y las "canciones para después de una guerra" que tanto se han prodigado en los últimos años. En este paisaje, el libro de Miguel Ángel del Arco supone un primer intento de aproximación a los años de la posguerra en Andalucía de una manera seria y rigurosa, sobre bases empíricas y científicas y no sobre tópicos ni premisas puramente ideológicas.

Del Arco ha basado su investigación en el análisis en detalle de comunidades rurales concretas, evitando hacer uso de la frialdad y la distancia a veces excesiva de las cifras macroeconómicas, con el objeto de conocer con precisión cómo esas comu-

nidades se adaptaron y/o resistieron a esa situación de hambre y carestía. Ha elegido como marco de estudio Andalucía Oriental, en concreto las provincias de Almería, Granada, Jaén y Málaga, estudiando los casos de cinco localidades: Alcalá la Real (Jaén), Berja (Almería), Marbella (Málaga) y Santa Fe y Montefrío (Granada). A pesar de sus factores diferenciadores, como por ejemplo si fue rápidamente ocupado por el ejército nacional o si en cambio quedó del lado republicano durante la guerra, el autor demuestra que estos cinco municipios aúnan bastantes características comunes, sobre todo en la situación de partida y en el comportamiento de sus poderes locales. Eso sí, siempre sin dejar de lado en su análisis la relación con la política nacional e internacional, encomendándose así a la tarea siempre difícil de encontrar el equilibrio entre historia y memoria, entre lo individual y lo colectivo.

Un estudio como éste, basado en el mundo rural (a quien el franquismo veía como “vivero de España” y origen de todos los valores de la raza), es de suma importancia para entender la propia esencia histórica de Andalucía, ya que la agricultura era la base de la población y la economía regional hasta hace relativamente poco, hasta la época del desarrollismo de los años 60 cuando la industrialización y el éxodo rural provocaron la aparición de un nuevo proletariado industrial enmarcado en un contexto plenamente urbano con claros indicios de terciarización. En este medio rural andaluz las consecuencias que tuvo el régimen autárquico implantado durante los años 1940 fueron desastrosas. Las políticas agrícolas intervencionistas, a menudo irracionales, fijaban cuotas de producción, salarios, precios, etc. El sistema de cupos, que obligaba a los agricultores a entregar su trigo al estado a precios nada remuneradores, desincentivaba al agricultor, que prefería vender su producción en el mercado negro. Para garantizar dicha política intervencionista el estado crearía diversas administraciones, pero esta burocratización no hizo sino empeorar las cosas, debido a la corrupción generalizada. La administración estaba dominada por el clientelismo y el favoritismo, dedicada sobre todo a ofrecer contrapartidas a cambio de la adhesión al régimen.

Otros factores relacionados con la situación de carestía y aislamiento de la época y que también afectaban a la agricultura andaluza fueron la escasez de maquinaria, combustible, semillas, abonos y pesticidas, que provocaron la caída en picado de la

producción agrícola y el desabastecimiento de los mercados, muy tocado además este último por las carencias de infraestructuras, la corrupción generalizada, la especulación y el mercado negro. Las industrias dependientes de la agricultura se hundieron, debido también a la autarquía y el intervencionismo estatal, a la caída de la demanda interior y exterior, a la carencia de repuestos y las restricciones de combustible para la maquinaria, unido a la falta y encarecimiento de las materias primas que produciría una lógica caída de la calidad del producto.

Fagocitado cualquier atisbo de lucha sindical, las relaciones laborales eran de total explotación. El régimen guardaba hacia los obreros una actitud que oscilaba entre la represión y el paternalismo; era un sistema laboral en teoría vertical y corporativista, con normas que obligaban por igual a patronos y trabajadores, pero que, por supuesto, era más permisivo con los incumplimientos de los primeros que de los segundos. Los rendimientos agrícolas se basaban en los bajos salarios y no en la mejora de la producción, con condiciones de trabajo brutales, jornadas agotadoras y sueldos de hambre que, combinados con las periódicas subidas de precios, formaban un cóctel explosivo de hambre y miseria.

Todo esto unido hizo que los rendimientos agrícolas se hundieran y con ello aumentara el hambre, un hambre catastrófica que fue ocultada celosamente por el régimen. La mayor parte de los andaluces sufría penalidades, y las muertes por hambre se llegaron a contar por miles, y sin embargo es imposible encontrar la más mínima traza de dicha circunstancia en la prensa del momento o en las declaraciones públicas de los altos cargos nacionales, para quienes todo en España estaba bien, pero la documentación interna del franquismo, que poco a poco va emergiendo de los archivos, demuestra que el gobierno era consciente de la gravedad y la magnitud del desastre.

En el caso concreto de Andalucía Oriental, ésta sufrió un estancamiento de la población, viviendo incluso cierto proceso de ruralización: el sector primario pasó del 60 al 70 % desde la preguerra a la posguerra, proceso del que sólo se libraría Málaga, con una industrialización algo más importante. En esta sociedad rural y agrícola, los efectos de la autarquía serían terribles. Disminuyó la cantidad y la calidad de los productos agrícolas y los campesinos se especializaron en cultivos de subsistencia, cerrándose al comercio exterior. En cuan-

to a la sociedad y a la distribución de la propiedad, el autor cree que la zona presenta características que la diferencian del resto de Andalucía. Los latifundios eran más escasos que en la parte occidental de la región, con mayor número de arrendatarios, pequeñas y medianas propiedades, por lo que la sociedad rural era más heterogénea. Por otro lado, el oriente andaluz estuvo más tiempo en manos republicanas, por lo que hubo incautaciones y colectivizaciones de tierras que muchas veces enfrentaron a estos pequeños propietarios con el gobierno republicano. Todo esto va a influir, lógicamente, en la configuración del mundo rural y en las alianzas políticas de la posguerra en las cuatro provincias investigadas.

En la primera parte del libro el autor se dedica precisamente a indagar sobre la génesis de las estructuras políticas, sociales y económicas del primer franquismo, preguntándose porqué el imaginario nacionalista, intervencionista, colectivista, tradicionalista, conservador, religioso, interclasista, sacralizador de la idea de propiedad y amante del orden, la disciplina y la estabilidad que patrocinaron los vencedores de la guerra civil encontró eco y apoyos en buena parte del mundo rural de la época, y qué grupos sociales apoyaron al régimen y porqué. Para Del Arco, lo sucedido a partir de 1939 no es una simple vuelta al caciquismo anterior a 1931 (aunque muchos de los antiguos caciques de la restauración recuperen sus prerrogativas tras el paréntesis republicano), sino que el franquismo trajo nuevas elites que se sumaron a las antiguas, como los falangistas arrivistas, y nuevos grupos sociales pudieron acceder al poder, como los medianos y pequeños propietarios, funcionarios, industriales, etc. Si en 1931 estos grupos, ahogados por el latifundismo, apoyaron la república, para 1936 habían sufrido una progresiva derechización, fruto del miedo a una posible reforma agraria y a la subida de los costos de producción debido a la subida del sueldo del jornalero. Es por eso que estos grupos, identificados con el imaginario que antes enumerábamos, apoyaron el régimen.

Si el fascismo llegó al poder, tanto en Europa como en España, no fue únicamente por la fuerza, sino a través de un amplio consenso social, tanto de las clases urbanas como de las rurales. Fiel a su discurso copiado del corporativismo mussoliniano, el régimen de Franco quiso integrar en su seno no sólo a los propietarios sino también a las clases medias e incluso a las obreras, y para ello utilizaría

diversos medios que iban desde la coerción y la propaganda hasta la asistencia social. La supervivencia del franquismo durante décadas no puede, pues, explicarse únicamente por la implementación de medidas altamente represivas, sino también por esta integración de las clases medias rurales en su proyecto político. Dichos grupos pudieron obtener representación en las estructuras de poder local, que antes eran patrimonio exclusivo de los viejos caciques. Este consenso entre sectores sociales, que se convirtieron en las bases del régimen, explica su supervivencia en esos primeros y duros años. A soldar este consenso tendría una labor inestimable el discurso interclasista de Falange Española, que atrajo no sólo a las clases medias sino también a amplios sectores de las bajas.

Porque, a pesar de tanta miseria, ¿cómo pudo el régimen mantenerse incólume durante tantos años sin apenas oposición? Según Del Arco, porque la autarquía era un instrumento de represión hacia los vencidos de la guerra civil, pero al mismo tiempo un sistema que favorecía a los vencedores, que eran los que controlaban la producción y el mercado, por lo que era también un mecanismo generador de afectos y de consenso. El autor presenta así el franquismo como un régimen flexible que se adaptó a las circunstancias que se fue encontrando a lo largo de los años, y cuyas alianzas se renovaban constantemente; algo que explica que el régimen no cayera a pesar del desastre económico de los años 40.

El franquismo utilizó las instituciones para favorecer a los grupos sociales que le eran afectos, y por consiguiente para castigar a aquellos que no lo eran. La corrupción administrativa era no sólo estructural, como dijimos anteriormente, sino incluso también un elemento de estabilidad y cohesión interna del régimen, ya que permitió el enriquecimiento de clases afines que a la larga se convertirían en su sostén. En este contexto, el papel de los ayuntamientos sería fundamental, y este es otro de los principales aportes de este libro: la atención que presta a un ámbito a veces tan olvidado como es el de la administración municipal. Las políticas autárquicas funcionaban basándose en el marco local, lo que explica la importancia que durante esta época llegaron a alcanzar los ayuntamientos. Así, la influencia de los poderes locales franquistas en la configuración del mundo rural de la posguerra fue inmensa. Si estos poderes estaban, como hemos dicho, en manos de esas clases medias rura-

les compuesta no sólo de pequeños y medianos propietarios sino también de funcionarios y falangistas, los ayuntamientos van a defender los intereses de estos grupos sociales frente a los grandes terratenientes que copaban la administración central y provincial.

Hemos dicho que el régimen utilizó las políticas autárquicas para premiar a los afectos y castigar a los desafectos, y estas políticas estaban controladas precisamente por los ayuntamientos, que defenderán con ellas los intereses de los grupos sociales presentes en el mismo, y para ello colocarán en los puestos clave a personal de confianza. El estado exigía a los municipios un control exhaustivo de las existencias de alimentos, y muchos de éstos falseaban los datos para beneficiar a sus vecinos. También en lo que se refiere a las industrias rurales los propietarios solían saltarse la legislación intervencionista, y en éste aspecto también serán protegidos por los ayuntamientos. Los consistorios se convirtieron así, según el autor, en “interlocutores de la comunidad rural” frente al estado, pero eso sí, sólo de los vencedores.

Otro factor importante para explicar la economía de aquellos años es el mercado negro, que en ocasiones llegó a adquirir tintes casi de resistencia contra el régimen. En la práctica, el franquismo también utilizó el estraperlo como forma de represión y consenso, ya que hacía la vista gorda cuando estaban implicadas en él las clases altas (cuando no participaba directamente) y lo reprimía duramente cuando era llevado a cabo por los perdedores de la guerra. Más que un delito, el estraperlo era para estas últimas clases una necesidad, sin la cual muchos hubieran muerto de hambre. Significaba la supervivencia para las clases bajas y el enriquecimiento para las altas, ya que muchos desaprensivos se hicieron ricos con el estraperlo, nuevas fortunas que, no lo olvidemos, se van a convertir en una de las bases del régimen.

En el otro extremo de la pirámide social, para los obreros y campesinos, a quien se identificaba como los perdedores de la guerra civil, la represión no sería sólo física, sino también económica, ya que el franquismo hundió en la más absoluta miseria a los disidentes. Aquellos que discrepaban con el régimen tenían muy complicado encontrar empleo. En un contexto de paro galopante y total desprotección al desempleado, la obsesión de todos los obreros era encontrar trabajo al precio que fuera para evitar un desempleo que equivalía en la prác-

tica a morir de hambre, por lo que eran una mano de obra abundante, barata y dócil. El paro era, pues, un método coercitivo más del régimen. Estos disidentes eran también discriminados en el reparto de alimentos, por lo que puede corroborarse que el racionamiento era otra herramienta de presión. Los poderes locales controlaban el abastecimiento y tenían el poder de acabar con dicha hambre, algo que hacían siempre, claro, a cambio del sometimiento al régimen. Las políticas sociales como los comedores de Auxilio Social tenían, como vemos, una función meramente propagandística.

Esto puede explicar la docilidad de la población: sólo se comía si se acataba al régimen. Si la autarquía era, como ha dicho el autor, un instrumento de consenso, se ve que para las clases bajas era un consenso “forzado”. Ante una situación de hambruna permanente, la población exhausta sólo pensará en sobrevivir y no en el compromiso político. El gobierno, además, desviaba la atención de la opinión pública achacando todos los problemas del país a especuladores y estraperlistas, o bien directamente a la situación internacional. El pueblo, por su parte, culpaba a los funcionarios corruptos, que engañaban al caudillo y le ocultaban los problemas, por lo que la figura de Franco salió indemne de las dificultades de los años 40.

Las estrategias de resistencia ciudadana contra esta situación no serán por ello políticas, sino que se recurrirá a todas las formas posibles de delincuencia: picaresca, robos, saqueos, estraperlo, etc. Frente a las imposiciones del Estado, los campesinos adoptaron diversas formas de resistencia, unas veces pasiva y otras activa, pero siempre silenciosa: ocultación de cosechas, falseo de cifras de producción (cosas en las que colaboraban, como hemos visto, los propios ayuntamientos), la venta en el mercado negro, el robo, etc. Para no perturbar la tan preciada paz social, el gobierno dejaba hacer, lo que rompe con la imagen de seguridad y orden que el franquismo quería dar. Por el contrario, Del Arco piensa que en el campo andaluz el desorden era la tónica general, con un gobierno incapaz de hacer cumplir sus propias leyes. Sin embargo, paradójicamente, esto terminaría salvando al régimen, ya que introdujo un factor flexibilizador en las rígidas políticas autárquicas, que de otro modo hubieran fracasado.

Como conclusión, se puede decir que el hambre y la miseria fueron más allá del simple hecho coyuntural. Se convirtió en un arma de represión

más contra la disidencia y en un instrumento de cohesión interna del régimen, ya que le proporcionó “adhesiones inquebrantables” por parte de amplios sectores sociales, que van a explicar su continuidad temporal hasta que la crisis económica de los años 70 minó esta confianza.

Encabo, Enrique, *Música y nacionalismos en España. El arte en la era de la ideología*. Barcelona, Erasmus Ediciones, 2007, 202 pp.

Por Joaquín Piñeiro Blanca
(Universidad de Cádiz)

En esta publicación se consigue, a mi juicio de forma adecuada, señalar los evidentes cauces de unión existentes entre la creación musical y el pensamiento de su tiempo, entre el hecho individual de la composición o interpretación de partituras y el colectivo de la audición. En definitiva, se logra utilizar en el análisis histórico la música como elemento esencial para alcanzar nuevos objetivos en campos de estudio aparentemente agotados. Enrique Encabo nos ofrece una obra multifacética, ya que en ella se mueve por territorios diversos sin consagrarse en exclusiva a ninguno en concreto: no estamos ante un estricto trabajo de historia, ni en uno de carácter exclusivamente musicológico, sino frente a una investigación que es un poco ambas cosas (añadiría que afortunadamente).

El autor se centra en uno de los temas en los que más fácilmente puede establecerse esta relación disciplinar: los nacionalismos y el uso de la música como elemento conformador de señas de identidad. Imagino que a la memoria del lector llegarán múltiples y conocidos ejemplos de cómo la formación de los estados-nación en la era de las revoluciones burguesas estuvieron vinculados a la obra de compositores muy destacados: Wagner en la unificación alemana, el protagonismo de Verdi y sus óperas durante el *risorgimento* italiano, Auber en el inicio del proceso de independencia de Bélgica, Sibelius en la lucha finlandesa frente a Rusia, Grieg en Noruega, o los músicos que ayudaron a enarbolar las banderas nacionalistas dentro del Imperio Austro-Húngaro (Smetana y Dvorak en Bohemia o Liszt en Hungría). Estos procesos respondían, ante todo, a la acción de una burguesía cuyo ideal polí-

tico e intereses materiales concordaban con la reivindicación de un nuevo orden. De este modo, la necesidad de fraguar una conciencia nacional necesitó de la ayuda de una serie de creadores que, desde varios ámbitos de la cultura, ayudarían a conformar la idea de patria común. Por otra parte, debe tenerse presente que la aportación de estos intelectuales a los movimientos nacionalistas sólo alcanzó, en primera instancia, a una minoría formada, ya que la mayor parte de la población, analfabeta, estaba demasiado absorbida por los problemas cotidianos de su vida material y se encontraba con la imposibilidad de acceder, al menos de forma directa, a las obras que difundían estas ideas. No obstante, la música constituye una excepción debido a la gran popularidad que particularmente tenía el género operístico y a la inmediatez con la que se podía recibir este producto por parte de los no letrados.

En el caso particular de España, en el que se centra este libro, la cuestión es muy singular, ya que el reto no fue el de lograr una caracterización nacional frente a otra realidad política dominadora, sino conseguir una redefinición que se adaptase a la cambiante situación del país debida a la progresiva desaparición del imperio ultramarino. Ceñida casi a sus fronteras europeas, será necesario buscar una nueva construcción política y, por tanto, reedificar unas señas de identidad que estuvieran en consonancia con la consolidación general de los estados-nación en el viejo continente.

Suponemos que por razones editoriales, el título promete más de lo que luego encontramos en las páginas del libro, ya que realmente lo que se nos ofrece es un estudio de algunos aspectos importantes de la actividad cultural en España en el tránsito del siglo XIX al XX que, en concreto, el autor dirige en dos direcciones: el wagnerismo y la *Renai-xença catalana* y sus implicaciones políticas, y la expansión de la zarzuela durante la última etapa de la Restauración. Ambos caminos constituyen unos procesos paralelos de reconstrucción de identidad nacional en los que lo casticista contrasta con lo europeísta. La adoración barcelonesa por Wagner terminó asociándose a la idea de que el pueblo catalán tenía un nivel de educación superior al del resto de España y que, por tanto, estaba más cerca de Europa. Frente a ello, desde Madrid se exaltaba el españolismo a través de obras costumbristas o folklóricas. Aunque las dos estrategias puedan resultar antagónicas, compartían un mismo fondo al estar